

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

CUESTIONES GRAMATICALES.

REPAROS

Á

UN FOLLETO DEL SR. OLIVAN.

(Conclusion.)

4.º «En los patronímicos y derivados, de estructura griega ó latina, es de rigor el esdrújulo, como *Anquistades*, *Priámides*, *Euménides*; *arácnides*, *silfide*, *Danáide*, *Tróade*, *Hélade*, *pléyade*, *olimpiada*, *iliaco*, *efemérides*.»

Pero ¿á quién que no se halle falto de sentido comun, se le ocurrirá escribir en castellano *Anquistades*, por Eneas, hijo de Anquises; *Priámides*, por hijo ó nieto de Príamo; *Arácnides*, por uno de los hijos de Aracne; *Danáide*, por una de las hijas de Dánao? A quién tal escriba en serio, bien puede expedírsele el título de *Doctor en Pedanteria*. Por lo mismo, no hay necesidad de averiguar si tales voces son ó dejan de ser esdrújulas.

Olimpiada, iliaco, segun el Diccionario, no son esdrújulas, sino llanas.

5.º Es error grave usar la palabra *empleofobia* para significar el afan por los empleos, la *empleomania*, cuando lo que en realidad expresa el vocablo, es el horror á los destinos.

No es ménos garrafal tomar el adjetivo *álgido* por *momento critico*, y aun por *calor, ardor, furor*, como en *lo álgido de la contienda ó del combate*, expresion que dice todo lo contrario de lo que se quiere dar á entender, esto es, «*en lo más frio.*»

Efectivamente, quien así entienda las palabras *empleofobia* y *álgido*, se coronaría de gloria escribiendo un *Diccionario etimológico de la lengua castellana*. Hace bien el Sr. Olivan en reprobar semejantes desatinos.

6.º Se ha de escribir *silvicultura*, no *selvicultura*. «*Agricultura* decimos y no *campicultura*; *horticultura* y no *huerticultura*;... así como... *fraternal* y no *hermanal.*»

Se debe escribir *sericicultura* (de *serica*, seda), y no *sericultura*.

Analicemos.

«Prurito de españolismo es en algunos el escribir *selvicultura* por *silvicultura*, dándose la importancia de promiscuar, sin curarse de que eso es embastecer..... Los que así huyen del latin, en vez de acogerse á él, no dan prueba del mejor gusto, ni del mayor saber. Ellos sí que adolecen de *latinifobia.*»

Luego la Academia, que, ademas de *silvicultura*, escribe *selvicultura* (1), tiene prurito de españolismo, se da la importancia de promiscuar, sin curarse de que eso es embastecer, huye del latin, en vez de acogerse á él, no da prueba del mejor gusto ni del mayor saber,

(1) Véase el *Dic.*

y adolece de latinifobia. Francamente, esas afirmaciones parecen algo duras en boca de un autor que se haya propuesto «rectificar con las reglas y doctrina de la Academia española.»

Por lo demás, supuesto que se nos da á escoger, nosotros preferimos *silvicultura*, porque sabido es que en lenguaje culto los derivados se forman generalmente de los primitivos latinos. *Epistolar, filial, gutural, lateral, lingüística, pueril, senil*, etc., se forman de los ablativos latinos *epistola, filio, gutture, latere, lingua, puero, sene*, y no de los nombres castellanos *carta, hijo, garganta, lado, lengua, niño, anciano*; *auditorio, infraccion, preterito, sensible, textil, tortura*, etc., se forman de *audium, infractum, preteritum, sensum, textum, tortum* (supinos de los verbos latinos *audire, infringere, preterire, sentire, texere, torquere*), y no de los verbos castellanos *oir, infringir, pasar, sentir, atormentar*.

Lo que no ha adquirido aún carta de naturaleza, es *sericultura* ni *sericicultura*. La Academia Española obra cuerdamente no dando fácil entrada á ciertas voces nuevas, porque sabe que no ofrecen condiciones de vida; porque sabe que el idioma castellano admite con suma repugnancia las voces compuestas, á no ser que el primero de los elementos componentes sea preposicion. Además, porque sean muy usados *agricultura, arboricultura, floricultura*, y pocos más por el estilo, no han de ser también admitidos por analogía (excepto en obras científicas) otros nombres de más limitada significacion, como *sericicultura* ó *sericultura, viticultura*, pues igual derecho podrían alegar *ulmicultura* (cultivo del olmo), *cicericultura* (cultivo del garbanzo), *caulicultura* (cultivo de la col), etc., etc. ¿A dónde iríamos á parar?

Continuemos analizando.

«Otro terminillo pretenden introducir los escritores que proceden de ligero, y es el de *sericultura*. Ignoran que ese vocablo significa, en rigor, el cultivo de la *pereza*, ó de la *caida de la tarde* (lo mismo podía haber dicho *del suero*), cuando de lo que se trata es del cultivo de la

seda. *Sêrica* llamaban los romanos á la seda (lo ignorábamos (I))...; por donde la industria sedera..... (*sedera* es la mujer del sedero) se ha llamado y debe llamarse *sericultura*. Así lo han adoptado todos los pueblos cultos; y únicamente en España quieren algunos hacer alarde de no saber lo que se pescan.»

Creemos que no hay motivo para tanta dureza: *proceden de ligero... ignoran... no saben lo que se pescan...* Veamos si, en caso de ser admitido el vocablo, «debe llamarse», como pretende el Sr. Olivan, *sericultura*, ó si debe llamarse, como nosotros opinamos, *sericultura*.

Segun el acreditado Diccionario de Freund, *Serica, æ*, es una vasta region del Asia oriental; *Seres, um* (en singular *ser*), los pueblos de esa region; *SERUM, i*, la seda, llamada así, por ser éste el producto más precioso que se encontró en el país de los *Seres*; *SER, ERIS*, el gusano de la seda; *sericus, a, um*, de los seres, de seda (II).

Derívese, pues, de *serum, i*, ó más bien, de *ser, eris*, puesto que la Academia no habla y la cuestion es libre, en nuestro concepto la palabra es *sericultura*.

7.º «*Yodo* se escribe y pronuncia con frecuencia. Es *iodo*, de *ion* (violeta en griego), porque el *iodo* desprende vapores violáceos al sublimarse. El tal *yodo* repugna á un oído delicado.»

Y el Sr. Olivan no dice una palabra más acerca de este punto. Dispénsenos el lector, si en éste, como en otros nú-

(I) Es verdad que en el mejor Diccionario latino-español publicado hasta la fecha, se lee: «*Serica, æ*, f. (de *sericus*: se ent. *vestis*). Mart. Ropa de seda.» Pero este artículo, tomado sin duda del Balbuena, y que no hemos visto en ningun otro, á nuestro juicio, está de sobra. Tres veces usa Marcial la palabra *serica*, y las tres veces en plural de la 2.ª declinacion. Por consiguiente, la palabra usada por el poeta latino, no es *serica, æ*, sino *serica, orum*; y, si algo se entiende, no es *vestis*, sino *vestimenta*.

(II) Véanse los art. *Sêres, Serica*, en el *Grand Dictionnaire de la Langue Latine par le Dr. Guill. Freund, traduit de L' Allemand en Francais par N. Thell. Paris, 1865.*

meros, nos extendemos algo más que lo que exige su impaciencia y nuestro deseo. Para afirmar ó negar, bastan dos letras: *sí* ó *no*. Para probar lo que se afirma ó se niega, no basta un monosílabo; y nosotros tenemos la costumbre de probar lo que decimos.

El criterio del Académico tampoco es en este número el de la Academia Española. Hubiera convenido que el Sr. Olivan manifestase francamente en qué puntos no estaba de acuerdo con ella, á fin de que los lectores pudieran escoger entre ambas doctrinas. De otro modo, habiendo dicho al principio que se proponía «rectificar con las reglas y doctrina de la Academia española, juez competente en la materia», y creyéndole por su palabra los poco versados en estudios gramaticales, se exponen, con el mejor deseo, á adquirir ideas nada conformes con las de aquella distinguida Corporacion.

El Diccionario escribe *yodo*, *yoduro*, como escribe *yambo*, *yámbico*. No, porque *yodo* se derive del griego *ion*, se ha de escribir *iodo*; como no, porque *yambo* se derive del griego *iambos*, se escribe *iambo*. Y la razon es obvia. Nuestra lengua tiene su fonética especial, sus sonidos favoritos, y hay sonidos que, siendo muy familiares á otros idiomas, repugnan sobre manera al castellano. El Sr. Olivan, como buen filólogo, sabe sin duda que los vocablos, al pasar de una lengua á otra, sufren en su estructura material ciertas alteraciones (adicion, supresion, permutacion, é inversion, de letras), que no son tan caprichosas como algunos se figuran, sino que están sujetas á ciertas y determinadas leyes. Habrá observado tambien que en nuestra lengua no existe palabra alguna, ni siquiera sílaba, que comience por un diptongo cuya primera vocal sea *i*; nuestros órganos vocales no están acostumbrados á la pronunciacion de semejante diptongo.

Pues bien: de aqui nace que, entre los muchos derivados (de voces castellanas ó latinas) que cambian la *e* tónica del primitivo en el diptongo *ie*, como de *cerrar*, *perder*, *sentir*, etc., *cierro*, *pierdo*, *siento*; de *metu*, *petra*, *miedo*, *piedra*; aquellos de cuyo primitivo la *e* tónica es inicial, no

la cambien en *ie*, sino en *ye*. Así, de *errar*, se dice *yerro*, y no *ierro*; de *equa*, *esca*, se dice *yegua*, *yesca*, y no *iegua*, *iesca*.

De aquí nace que, en ciertas flexiones de ciertos verbos, la *i* de la terminacion se convierta en *y* (consonante), cuando hiere á otra vocal. Así, de *caer*, *creer*, *ir*, *oir*, *huir*, *instruir*, etc., se dice *ca-yó*, *cre-yeron*, *yendo*, *o-yera*, *hu-yese*, *instru-yeses*, y no *ca-íó*, *cre-ieron*, *iendo*, etc., etc. (1).

De aquí nace, en fin, que, cuando la *i* de origen, al pasar al castellano las voces latinas ó latinizadas, hiere á otra vocal, se convierta en *y* (consonante). Así, de los ablativos latinos *Achaia*, *Pompeio*, *iambo*, *io*, escribimos y pronunciamos *Aca-ya*, *Pompe-yo*, *yambo*, *yodo*.

Queda, pues, evidentemente demostrado, no sólo que el Sr. Olivan, al pretender que debe escribirse y pronunciarse *iodo*, sin más fundamento que el originarse esta palabra del griego *ion*, no rectifica segun la doctrina de la Real Academia; sino que tambien la Academia, atendida la fonética especial de nuestro idioma, ha procedido con buena crítica escribiendo *yodo*, y no *iodo*. Si en la escritura sólo atendiésemos al origen, en lugar de *año*, *cierto*, *muerte*, *prudencia*, *estudio*, *oro*, *señores*, escribiríamos *anno*, *cer-to*, *morte*, *prudencia*, *studio*, *auro*, *seniores*, porque tal es su origen latino; en lugar de *bisoño*, escribiríamos *bisogno*, porque tal es su origen italiano. Nuestra lengua no está tan en mantillas, que sin el apoyo de su madre le sea imposible dar un paso; ni es tan esclava de su origen, que no tenga cierta independendencia, ciertos rasgos característicos, ciertas leyes propias, cuya infraccion no consiente en caso alguno.

8.º Debe decirse *imantar*, y no *imantar*. *Irizar* es de mejor gusto que *irisar*. *Filoxera* es grave, y es femenino. Hay más gusto y elegancia en *diminucion* que en *disminucion*.

(1) Véase la *Gram.*, pág. 107 y 108.

Imanar escribe el Diccionario. *Imantar* (de *aimanter*) es un galicismo.

Irizar é *irisar* admite el Diccionario. Creemos con el Sr. Olivan que *irizar* está más conforme con las leyes de la derivacion castellana.

Filoxera, atendida su etimología, es efectivamente llano; y es femenino, pues, como dice bien el Sr. Olivan, «su calificativo *vastatrix* lo determina (el género) sin dejar rastro de duda.»

Diminucion y *disminucion* registra el Diccionario, como registra tambien *diminuir* y *disminuir*. A nosotros, teniendo en cuenta que *diminuir* no es tan usado como *disminuir*, nos gusta más *disminucion*; cuestion de gustos.

9.º Comete una locucion viciosa el que, empleando, como hacen en Madrid algunos castellanos viejos, el verbo *quedar*, por *dejar*, dice, por ejemplo: «me *quedó* desazonado con la noticia»; «te *quedaste* olvidado el pañuelo».

Es un galicismo decir «sal á base de potasa, de amoniacó, de morfina», etc., en vez de «sal *de* ó *con* base de potasa», etc.

Tiene razon el Sr. Olivan: quien así hable, no habla en castellano. ¡Y cuánto podía el autor haberse extendido sobre este punto! Si se hubieran de enumerar las expresiones impropias, las faltas de construccion gramatical, las locuciones viciosas de todo género que todos los días observamos, no ya en oscuros escritores, sino hasta en literatos que figuran en primera línea, sería el cuento de nunca acabar. ¡Sólo de galicismos se ha dado á luz un voluminoso Diccionario! Pero no hubiera estado de más que el autor hubiera hecho mérito de algunas de las más notables y más en boga en nuestro tiempo; el título de su obra le convidaba á extenderse en este punto más que en los ocho anteriores. Ninguna persona medianamente instruída suele incurrir en los vicios de que se habla en los ocho primeros

números, *vicios de palabra*, relativos casi todos á la pronunciación, pues con sólo el auxilio del Diccionario puede evitar el error en la mayoría de los casos que le ofrezcan duda; mientras que, para no caer en *incorrecciones de frase*, en locuciones viciosas, que podían continuarse indefinidamente en el número 9.º, son necesarios ciertos conocimientos que no todos reúnen, ó que no todos tienen presentes al escribir. Por esto, al paso que los vicios de palabra nó suelen encontrarse sino en aquellos escritores que proceden con sobrada ligereza, son hoy harto frecuentes, aún en obras por lo general bien escritas, las frases incorrectas, que tanto desfiguran la pureza del habla castellana. ¡El mismo Sr. Olivan, cuya autoridad científica y literaria somos los primeros en reconocer, no se ha visto libre de ellas en el mismo trabajo en que trata de combatirlas!

Dice, en efecto, el Sr. Olivan, refiriéndose á la preposición francesa *à* de la expresión *sel à base de potasse*: «Los españoles nos vemos reducidos en equivalencia, á las preposiciones *de* y *con*,... (I)». ¿No sería más corriente y más claro decir «Los españoles nos vemos precisados á emplear, como equivalentes en este caso á la preposición francesa *à*, las preposiciones *de* y *con*,...»?

No están autorizadas por el uso elípsis como la siguiente: «cual si llovidas del cielo (II)»; en donde es necesario suplir *fuesen*, y decir «cual si *fuesen* llovidas del cielo».

Ni como la que se comete despues de *seguro* en «pueden los padres de los alumnos prometerse que sus hijos salgan más ó ménos instruidos, pero de seguro, poco religiosos (III)»; en donde hay necesidad de entender «pero de seguro *pueden prometerse que salgan* poco religiosos».

Ni como la que sigue: «De donde, cierta confusión y anarquía (IV).» Aquí se ha de sustituir la coma con la palabra *resulta*.

(I) Pág. 10.

(II) Pág. 4.

(III) Pág. 8.

(IV) Pág. 1.ª

No es buena locucion *por lo tal*, en vez de *por lo tanto*, en la expresion que sigue: «es hasta chocante al oído, y por lo tal repugnante á la eufonía (I).»

Ni es locucion castellana «pero de cada vez cojemos una flor (II)». *De cada vez* es un provincialismo aragonés, que nos hace daño *cada vez* que lo oímos.

No puede *pasar* esta otra: «pero ya no hay pasar adelante (III).»

Ni es admisible en castellano «mientras que hasta de ahora habían conservado su antiguo carácter... (IV)». *Hasta de ahora* es un modismo aragonés que *hasta ahora* había estado siempre reñido con la buena sintáxis.

«*Sérica* llamaban los romanos á la seda...; por donde la industria sedera se ha llamado y debe llamarse *sericultura* (V).» No sabemos por dónde coger el tal *por donde*; *por cuya razon* pasamos á otra cosa.

El Sr. Olivan da en su escrito otros resbalones, en los cuales no queremos ocuparnos; para muestra bastan los anteriores.

No queremos tampoco hablar de la multitud de errores ortográficos en que abunda su folleto, algunos de los cuales han podido notarse en los textos que hemos citado, porque suponemos que el autor no debió de corregir las pruebas de su escrito. De otro modo, la falta sería grave en un Académico, y más en él, que censura á los redactores de la *Gaceta de Madrid* por su descuidada ortografía (VI).

Extraña el Sr. Olivan «que personas instruidas conserven por largo tiempo este resabio (el de emplear el verbo *quedar*, en vez del verbo *dejar*), en medio de su trato de la córte (VII).» Pero la explicacion es clara: es muy difícil

(I) Pág. 3.
 (II) Pág. 4.
 (III) Pág. 4.
 (IV) Pág. 5.
 (V) Pág. 9.
 (VI) Pág. 2.
 (VII) Pág. 10.

sustraerse á la influencia de la pronunciacion y de las incorrecciones propias del país en que uno se ha educado ó en que ha vivido largo tiempo. Las dos locuciones aragonesas, *de cada vez y hasta de ahora*, usadas por el Sr. Olivan, aragonés, prueban evidentemente lo que acabamos de afirmar.

Por otra parte, no es en la Corte donde ménos abundan los vicios de lenguaje. Léjos de eso, cualquiera puede notar que en Madrid, no sólo tienen vida robusta las incorrecciones propias y peculiares de sus hijos, sino tambien las que, de palabra y por escrito, á todas horas llegan allí de los demas puntos de España. Sin embargo, forzoso es convenir en que en ciertas provincias las incorrecciones son muchísimo más frecuentes.

En Madrid es muy comun emplear equivocadamente, hasta entre personas de reconocida ilustracion, las dos formas del pretérito. Todos los días leemos en los periódicos: «Ayer *ha quedado* constituido...»; «Ayer *ha salido* para Barcelona...»; «Esta mañana *se presentó* en Palacio...»; y otras semejantes.

No es allí ménos frecuente barajar el dativo y acusativo, tanto de singular como de plural, de los pronombres *él* y *ella*, y decir, por ejemplo: «*La* di las gracias»; «*Le* he visto (á ella) en el Retiro»; «*Las* dije mi resolucion»; «*Les* visitaré (á ellas ó á ellos)». «Juan *los* servía de ayudante y secretario» acabamos de leer en una Revista literaria en que figuran muchas de las primeras notabilidades. A veces estas *gracias* se encuentran á pares; hace poco, leímos en un periódico: «Aparte de *haberlas* costado muchas fatigas, *les* han librado de la nube de polvo...».

El abuso de *les*, en lugar del acusativo *los*, ha llegado á tal extremo, no sólo en Madrid, sino especialmente en Cataluña, que la Academia se ha visto obligada á decir: «El usar la forma *les* en acusativo es reprehensible incorreccion (1)». Y, sin embargo, es tal la fuerza de la costumbre,

(1) *Gram.*, pág. 64, nota.

que no todos los Académicos se ven libres de caer en tan notable descuido.

También ha sido moda entre algunos escritores residentes en la Corte hacer concordancias como ésta: «*Se ha suprimido los derechos de...*». En un diario madrileño leímos, no há mucho: «*Mañana quizá se acuerde los reglamentos...*». Cierta individuo de la Real Academia, eminente hablista, dice en una de sus obras: «*Para aclarar esta cuestion, háse de tratar dos puntos (1)*».

Otro Académico, á quien son muy familiares las galas del idioma, usa, no obstante, el verbo *sonreir*, por *sonreirse*: «*Cuando sonrie*»; *intimar* por *intimarse*: «*intimar con ella*»; *deber*, por *deber de*: «*debí ponerme encendido*». Emplea el galicismo «*se diría que*», por «*cualquiera diría que*»; escribe «*afecto superiorísimo*», por «*afecto supremo*». Dice también «*Tiene V. razon de confiar en mí, y de esperar...*»; «*contentísimo de mí*»; «*penetrar á una alcoba*»; y otros despropósitos por el mismo estilo.

Otro Académico, celoso propagador de todos aquellos conocimientos que se relacionan con el estudio de nuestra lengua, emplea, sin embargo, locuciones como las que siguen: «*De cualquiera de las maneras, ello es que...*»; *só condicion* de apoyarse»; «*considerar como á verdaderos pronombres*»; «*desdeñando... como á indigno*»; «*unificarse bajo de un solo acento*»; «*los estudia bajo de un punto de vista*»; «*Pero al igual de los demas hechos ó fenómenos,...*»; «*Toda vez penetrado de esa utilidad práctica,...*»; «*toda vez introducido el error,...*»; «*Toda vez bien comprendido el fundamento...*»; «*Hechos bien cargo de la índole...*».

Pero ¿á qué molestar por más tiempo la atención de nuestros lectores? Los textos que anteceden, bastan y sobran para hacer ver al autor que, sin salir de Madrid, se

(1) No citamos nombres propios, porque no tenemos el propósito de ajar á los autores, sino de contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, á desterrar vicios de lenguaje, tanto más contagiosos, cuanto más acreditadas son las plumas que los han introducido.

le ofrecía ancho campo en que recoger abundante cosecha de locuciones viciosas. Y, si personas tan caracterizadas, si el Sr. Olivan y los demas Académicos citados (no hablemos de otros escritores de ménos autoridad) dan tan graves y frecuentes resbalones, ¿qué tendría de particular que nosotros los profanos, los desconocidos en la república literaria, diésemos una caída mortal en cada línea?

Concluye el autor del folleto manifestando que, «si se suscitase polémica, aún sería preciso volver á la carga, sustentando el pabellon como se pudiese». Nosotros, que respetamos el talento y la ciencia del Sr. Olivan, pero que tenemos la intima conviccion de que tambien los sabios yerran, daremos fin á estos mal zurcidos renglones declarando que estamos dispuestos á rectificar nuestros juicios el día en que se nos pruebe que son equivocados.

Palma, Abril de 1876.

LEON CARNICER.

FASES HUMANAS.

La fisonomía de Marta era un hermosísimo desorden, hermosísimo porque no hay catorce años feos. Lo feo son las arrugas, las canas, y, sobre todo, la seriedad parásita de los años.

Los pómulos y la barba de la niña eran algo salientes, los labios finos, la boca delicada demasiado pequeña para las cejas, demasiado grandes; las pestañas largas, la nariz ligeramente abultada, la frente serena, los ojos inquietos, el color sonrosado, y el reflejo mate.

El rostro de Marta era como el fruto que aparece informe entre los pétalos de la flor que no se aja aún, pero que empieza á descomponerse. Marta estaba en el momento en que la niña se congela en mujer, formándose témpanos que no se unen todavía en una masa uniforme; pero estaba hermosa; porque eran hermosos los restos de la niñez, sombreados por la seriedad, y los albores de la juventud, iluminados por la inocencia.

Estaba sentada, con un libro abandonado en las rodillas, y con una gravedad que revelaba pensamientos importantes, mucho más serios que repetir de memoria el capítulo de los *Jueces de Israel*, por donde tenía abierta la *Historia Sagrada*.

Pronto se desvaneció tan profunda seriedad, y chispearon las niñas de los ojos, y con una sonrisa alegre fué á posarse la mirada en la gabeta superior de una cómoda, que Dios sabe lo que guardaría. La niña quedó suspensa, con todos los sentidos en atención, y algo agitada. No había duda de que sentía una gran tentación, y de que forjaba algún crimen muy grande.

De repente arrojó el libro, que, no alcanzando al velador, fué á caer en el suelo con las alas abiertas. Marta se

dirigió de puntillas á la mampara, aplicó el oído, y, abriendo con la mayor precaucion, se asomó para cerciorarse de que no había moros en la costa. Con esta seguridad, se fué á la gabeta, que abría poco á poco para no hacer ruido; pero un crujido de la madera, exajerado por el silencio y la conciencia culpable, puso el espanto en el corazon de la niña, que cerró bruscamente. Con la vista en la puerta, palpitante el corazon, y suspendido el aliento para escuchar, estuvo un rato, hasta que, segura de que no había más importunos que el miedo, abrió con resolucion la gabeta, en cuyo fondo estaban los deseos vedados, la fruta prohibida de la pequeña Eva, que hundió los brazos hasta el codo para sacar el objeto de su afan, que fué nada ménos que una muñeca de tamaño natural, delicado producto de la industria de Paris. La peluquita rubia de pelo rizado, los ojos movibles, eran hechizos que justificaban los transportes de amor en la embelesada mamá, que decía á la muñeca:

—Pobrecita mía, que quieren separarla de mí para siempre. Ven; voy á ponerte el vestido nuevo.

Marta volvió á sentarse en el taburete, y de una elegante caja de carton, que puso al lado, empezó á sacar las galas de la muñeca, y á vestirla con esmero, atusándole la melena y las encajes.

—Hoy me ponen de largo, y quiero que lleves tu mejor traje en celebridad de tan gran fiesta. Sí, hija mía, hoy me visten de mujer, y dejo este pícaro sayo azul de colegiala; pero no temas, nunca te abandonaré. Cuando nadie nos vea, te haré caricias, te besaré como ahora; porque delante de gente no está bien; mamá no quiere. Si nos viese ahora, tendríamos un disgusto. No comprendo por qué las personas grandes no han de jugar con una muñeca tan encantadora.

Marta se echó en los hombros un pañolon, y, abrigando aquel mentido ser de carton y cera, en quien tantas caricias desperdiciaba, se puso á acunarle en sus rodillas. Despues se detuvo para no turbar el sueño del niño, que había cerrado los ojos. Marta le miraba abstraída, con el

ademan y la expresion del cariño maternal, que, para santificarse, brota profético en las niñas ántes que los demas amores, ántes de perder la inocencia.

Sumida en tan delicioso éxtasis, Marta había olvidado los riesgos que la rodeaban, y de repente se abrió la puerta para dejar paso á la temida mamá, que se detuvo con mirada severa. Al ruido, la niña se redujo con sobresalto, procurando ocultar la muñeca.

—Es inútil que te esfuerces; por debajo del pañuelo salen los pies. ¿Te parece eso regular en el día en que te pongo de largo?

—Como estaba sola, y ya sé la leccion....

—Es tiempo de que tengas juicio, Marta.

—Si lo tengo.

—Ahora mismo vas á dar todos los juguetes á tu hermana.

—Pero, mamá, ¿quieres que conserve la muñeca? La tendría guardada siempre.

—No te has de quedar ni con un trapo.

—Todo lo estropeará Luisilla.

—Bueno, si prefieres jugar con la muñeca no te pondré de largo.

—No, no; se la daré. Estoy cansada de ser niña; quiero entrar á ser persona grande, como soy.

—Pues te mandaré á tu hermana para que se lo des todo. Ten presente que pasaré revista.

La madre se retiró, y á los pocos momentos entraba una niña más movible que gota de azogue. Parecía un grano de fresa, y su color producía la impresion de un aroma, como si afectase á dos sentidos á la vez. En los ojos de aquel terroncito de vida brillaba la felicidad más pura y la mayor alegría que caben en el corazon.

La niña corrió á abrazar á su hermana, que le decía:

—Quitate, vas á estropear la muñeca; por eso no quería dártela.

—No la estropearé. Te lo prometo, lo juro. Tú lo verás. Dámela al instante; lo ha mandado mamá.

—Calla, y siéntate.

Luisilla quedó tan inquieta en el asiento como si hubiese estado sobre puntas de alfileres.

—Mira, te la daré porque hay la ridícula costumbre de que las personas grandes no jueguen con muñecas.

—Yo no quiero ser grande nunca.

—Sí, tonta. Llevarás vestido de cola, y harás visitas de veras, y te dirán —A los pies de V.— y te acostarás tarde; pero todo eso no se opone á jugar con la muñeca. Me has de prometer dejármela alguna vez, si te la pido.

—Siempre que quieras. Te lo digo con toda la formalidad, Marta. Dámela.

—No corras tanto. Quiero darte los vestidos.

—Es verdad.

Marta se puso en las rodillas la caja de carton, y fué sacando, uno por uno, los atavíos de la muñeca.

—Esta es la bata de por las mañanas. Aquí tienes la papalina de dormir...

Luisilla, con un movimiento de mono, metió la mano en la caja.

—¿Y es tambien para mí este vestido colorado?

—Tambien, pero no lo revuelvas.

—Se lo pondré el día del santo de mamá. ¡Y hay otro verde!

—Quietas las manos.

—Y le pondré ese vestido de luto cuando se muera el loro.

Las dos manos de Luisilla, rotos el respeto y los firmes propósitos de prudencia, no cesaban de ir y venir.

—Eres una salvaje, y no te lo doy.

—Es mío, es mío; me lo ha dado mamá, que manda más que tú.

Luisilla amontonaba violentamente los objetos en su pequeña falda. Marta, sin fuerza moral que oponer al saqueo, lo miraba inmóvil, con expresion de dolor.

—Es mío, y no te lo prestaré nunca, dijo la niña, recogiendo con una mano la falda llena, y tomando con la otra la muñeca, para irse con el botin.

Marta sintió una impresion de pena, y, cuando vió re-

clinada sobre el hombro de su hermana la carita de aquel ángel de carton, en el momento en que iba á desaparecer por la puerta, le hizo, con una sonrisa triste, el último saludo.



La madre de Marta se dirigía á un armario, cuya puerta era un espejo. A dos pasos de distancia se detuvo para contemplar su figura, como si hubiese notado en ella algo que le llamase la atencion.

Regularmente aquella señora se miraría todas las mañanas para arreglarse el prendido, y no se concibe qué novedad podía notar en su persona, que no estuviese el día anterior, y, sin embargo, se observaba con tenacidad.

Era alta, de anchos hombros en proporcion aún con la cintura, pero en el último límite de la armonía de formas, que empezaban á abultarse. El cuello no había perdido más que la esbeltez del cisne y el brillo, disipado en una sombra tenue, que no era la interceptacion de la luz, sino la pérdida del bruñido. En el rostro se conservaba la hermosura, pero una hermosura plástica, en que se marcaba demasiado la modelacion sobre un exceso de pasta. Parecía una belleza de hechizos exagerados, que, apagada la radiacion, había ganado en formas todo lo perdido en luz.

Delante del espejo se pasaba la mano por la garganta, como si quisiese darle brillo, ó buscase un pliegue que no encontraba. Despues tomó una actitud de sociedad, en que todos sus músculos y contornos se dilataron en esbeltez instantánea, que se desvaneció como un esfuerzo. Se llevó la mano á la cintura con el ademan automático de abarcarla, y se la llevó al seno. Había comprendido que estaba en el trance en que el dibujo correcto se transforma en el dibujo natural. La frente mate se nubló. Tocaba la realidad, esa realidad que no vemos, aunque tengamos los ojos abiertos, hasta el minuto crítico, en que la disposicion del ánimo ó de la luz nos permite mirar y ver.

Se acercó al espejo, y, abriéndose el cabello de las sienas, descubrió una cana y luego otra. Apoyada en el res-

paldo de un sillón, estuvo suspensa. Después se quitó un alfiler, y con la punta entresacó las canas, que tendió sobre el peinado con ceño de energía, y llamó á Marta para vestirla de mujer.

La niña entró con las mejillas encarnadas y los ojos chispeando destellos. La madre y la hija se besaron, y aquella, con tono solemne y cariñoso, dijo:

—Marta, desde hoy es preciso que al traje acompañen las acciones de mujer. En adelante guardarás tus trajes y alhajas; porque quiero que te acostumbres al cuidado y al orden. Aquí tienes las llaves del armario y de la cómoda que te destino, y que encontrarás en tu aposento.

Marta, al tomar las llaves, se irguió como si creciese.

La madre le acercó una silla, le descompuso el peinado, y le arrolló las trenzas. La niña se miraba de reojo en el cristal, que reflejaba la cara más risueña que se había dibujado en luna veneciana. Después le puso el vestido largo, que le abrochó, y le amoldaba pasando la mano por el cuerpo con la suavidad de la caricia. Arregló los pliegues de la falda y dijo:

—A ver si sabes andar.

—Como una señora.

Marta dió algunos pasos mirándose atrás para ver el vestido, que se arrastraba sobre la alfombra.

La frente de la madre se había despejado al prender junto á la sien lozana de su hija una rosa natural de miniatura, escarapela que sentaba muy bien en aquella cabeza, en que todo eran brisas. La madre tomó á la hija por la barba para acercarse aquella frente pura, y le dió un beso.

Cuando Marta se lo devolvió, sus ojos traviosos tropezaron con las canas, y los dedos volaron á ellas, y las extendieron; y la lengua, más liviana que ojos y dedos, exclamó:

—¡Dos canas, dos canas!

—Sí, hija: tu madre sube hoy como tú un escalón de la vida.

—No lo creas. Estás guapa, te sientan muy bien.

—Marta, no quiero que nadie me desfigure las cosas; yo sé verlas como son.

—¡Cuánto daría por tener una cana!

—Eres una loca; pero, creeme, cuando te veas en ese trance, no ocultes los cabellos que vienen á anunciarte por tu bien el fin de la juventud. Ven, quiero darte unos pendientes y sortijas, que elegirás entre mis alhajas.

La madre sacó del armario, y puso en el velador algunas cajas y estuches de tafilete, que la hija abrió con alegría.

—Escóge lo que te guste más.

—Esta sortija, y esta, y esta...

—Bueno, las tres.

—Y estos dos pares de pendientes.

—Pero tomas lo mejor.

—Para ti basta lo que te dejo; yo empiezo á brillar.

—Tienes razon, dijo la madre, volviéndosele á nublar la frente.

—Y quiero este alfiler de mosaico.

—Es un recuerdo de mi viaje á Italia. ¡Yo tenía veinte y cinco años!

—¿Me llevarás á Roma?

—Roma debe de estar más vieja, como yo; y Pompeya no habrá rejuvenecido, aunque la han desenterrado.

—¿Quieres darme aquel alfiler del pecho?

—Nunca. Me lo regaló tu padre ántes de casarnos.

—¿Qué importa?

—No, Marta, dámelo: primero todas las demas alhajas.

La viuda miraba el alfiler con los ojos entornados. La hija fué á tomarlo, y la madre cerró los dedos con un movimiento de contraccion.

—Toma todo lo que quieras ménos este alfiler.

—Tú sabes cuánto te quiero, madre mía hermosa, y que hoy no puedes negarme nada.

Marta, besando á su madre, le dijo entre caricias:

—De todos modos no has de volver á ponértelo.

—¿Por qué?

—¿Te parece bien que una señora que tiene canas lleve un alfiler en forma de corazon?

—Toma, dijo la madre abriendo la mano del todo.

La hija pagó en besos la alhaja cuyo valor no sabía apreciar. Después, recogiendo las joyas, se dirigió á la puerta, en donde la detuvo la voz de su madre.

—Marta, si alguna vez necesito esas alhajas me las dejarás. No pienso ponerme las; pero hay ocasiones...

—Siempre que quieras.

Marta, que tenía las manos ocupadas, no pudo al salir contener la mampara, que se cerró de golpe con un portazo.



En un gabinete, resguardado del aire por vidrieras, estaba en un sillón una viejecita acartonada y de semblante risueño. Llevaba en la cabeza un abrigo de tul como la nieve, lo mismo que el cuello y los puños.

Los cabellos de la anciana estaban cuidadosamente peinados, y la falda, con la rigidez de los tejidos no quebrantados, se conservaba hueca.

Aquella persona inspiraba una impresión agradable; era la lozanía de la vejez, á la que daba un tinte de inocencia el gran muñeco de Marta echado en las rodillas de la abuela.

A los pies de esta, en el suelo, estaba Luisilla cosiendo á una gorra de la muñeca una flor desproporcionadamente grande.

—Verás, abuela, qué guapa está mi niña con esta flor.

—Ya te he dicho que no se la pondrás, no puedo permitirlo; es una ridiculez que afearía á tan hermosa muñeca. Mírala, duerme como si estuviese viva. Se parece á tu madre cuando yo la tenía así. ¡Cuánto ha variado!

—Ya he concluido. Sostenla mientras le pongo la gorra.

—Quítate. No lo conseguirás.

—Quiero ponérsela.

—Y yo no quiero.

La niña fué á coger el muñeco, que la abuela estrechó con fuerza. Luisilla rompió en llanto.

—Llora; el llorar no hace daño.

—No te quiero, no te quiero, gritó la niña.

La anciana quedó indecisa, y, desarrugando el ceño de severidad, acercó á su nieta por un brazo.

—No has dicho la verdad; tú eres la única en esta casa que me quiere. No puedo estar reñida contigo. Hagamos las paces.

La niña se abalanzó al cuello de su abuela, que demostraba la mayor alegría.

—Toma la muñeca, y ademas voy á darte de mendar.

La abuela se llevó la mano al bolsillo, y, con expresion muy triste, dijo:

—No están. No me queda nada; tu madre me ha tomado hasta las llaves de la despensa.

—Para evitarle á V. molestias, dijo la hija, que había oído, al entrar, las últimas palabras.

—Bueno, sí. ¿Quién es esa jóven que viene contigo?

—Marta, la nieta de V., que le presento vestida de mujer.

La madre y la hija besaron la mano de la anciana, que reunía todos sus sentidos para mirar á Marta.

—Serás tan hermosa como tu madre. Dios te haga tan buena. Ella me ha hecho esta gorra, y estos puños, y este cuello: es una santa. Estás muy bonita, Marta, y yo quisiera regalarte algo; pero...

Hizo ademán de llevarse la mano al bolsillo, y se contuvo.

—Acércate, quiero ver esos pendientes.... Los conozco, fueron míos y tu madre me los quitó, y tú se los has tomado á ella; bien hecho.

La madre de Marta, que conocía la sensibilidad de la suya, procuró desviar la conversacion.

—Es hora de que tome V. un socorro. Id á traer la sopa á la abuela.

Las dos niñas salieron corriendo, y poco despues entraba Luisilla muy despacio, sosteniendo en equilibrio con las dos manos un plato y una taza. La seguía Marta con una copa de agua y vino. Las dos se detuvieron delante de la abuela, que se incorporó en el sillón. Su hija le extendió

en las rodillas la servilleta, y le vertió en el plato la sopa de de la taza.

La anciana estuvo un momento pensativa, tomó una cucharada, y, cuando la tuvo cerca de la boca, se volvió á mirar á su hija con vivo interés, y le dijo:

—No te aflijas porque te haya tomado Marta los pendientes; así mismo te cuidará bien cuando seas vieja. Luisilla, ¿quieres una cucharada? Acercadme la copa. ¡Qué rica ha estado la merienda!

FRATES.

MIS DIENTES.

Y dijo D. Mateo.

«Cuantos me conocen saben que tengo una dentadura admirable; un molino al que, (si bien de sistema tan antiguo como el mundo,) no le falta una sola pieza: un aparato tan homogéneo, y tan perfectamente organizado como la máquina de un cronómetro de Losada: unos dientes, unos colmillos y unas muelas que espantan á los dentistas; una herramienta, en fin, capaz de desafiar los piñones y hasta las piedras de chispa. Con una boca así, una regular figura y bastante aplomo para habermelas, frente á frente, con el sexo bello, escuso decirlo, que mucho antes de obtener una posición social estuve á pique de contraer el sagrado vínculo, y años hace que pertenecería al gremio de los mancos, si mi hermosa dentadura no se hubiese encargado de sacarme del peligro. Y... ¿cómo?... me preguntareis. Estoy de humor para ello y os lo voy á contar.

Nunca he sido de aquellos que, cuestiones de amor las someten al cálculo. Veo una muger..... me gusta..... creo que puedo ser correspondido y embisto al bulto, pero sin cerrar los ojos. Pues, señor, que me dice que nó, ó su sí es condicional... entreabro mis labios, enseño mis dos hermosísimas hileras de dientes, llevo mi mano al ala del sombrero, trazo con el cuerpo un medio círculo irregular, y sin cambiar de color, sin apretar los puños, sin morderme los bigotes, y hasta sin llevar la diestra mano á las greñas, retrocedo parte de lo andado y dos horas me bastan para quedarme más fresco que una lechuga y en disposición de empezar un nuevo ojeo, con todas sus consecuencias. Ya sabeis lo que hago, cuando el objeto de mi amor tiene á bien no pagarme en moneda legítima.

Cuando sucede lo contrario, es decir, cuando el hambre

se junta con la gana de comer y caigo como llovido del cielo, ó como miel en hojuelas, entonces soy todo un hombre, entusiasta, frenético, exigente, celoso, mal criado... en una palabra, me las gobierno de modo que á los ocho dias la novia delira por mí: la domino, la avasallo y la alucino, hasta el extremo de hacerla saltar por el balcon, si tal fuera mi gusto.

Acepto en mis relaciones la menos cantidad posible de suegra en embrion, y de todo hablo, menos de matrimonio; no por cálculo, sino por temperamento y por sistema. Sé que el matrimonio és la tumba del amor y supongo que en un mundo en que todos se casan, ó piensan casarse, no está demás el que uno se singularice, aspirando á ser excepcion de la regla.

Hay otra razon que me impulsa á obrar así. «El amor és un sentimiento que diviniza la voluntad.» No sé si me esplico... «Lo que el amor tiene de grande, de sublime, de divino es... el amor.» Creo que tampoco he sido muy feliz ahora para espresar mi idea. «El amor, mientras amor sea, és la impresion más agradable de la vida.» Convenido. Por eso soy tan feliz cuando amo y me ama la que amo yó. Pero..... ¿y si ella, ó yó, ó los dos á la vez dejamos de amarnos, por un quitame allá esas pajas?... ¡Ah!... Esto és la cuestion, como dicen los ingleses. Aquí está *el busilis*, como decimos nosotros.

Creo haberos demostrado hasta la saciedad el por qué yó, amando mucho, no he pensado hasta ahora en casarme. Réstame solo probar que, si bien en momentos de feroz entusiasmo, ó á efecto de circunstancias críticas, he estado á punto de pensar en ello, mi hermosa dentadura, me ha salvado del peligro. Si lo consigo me daré por satisfecho.

Era una de esas morenas, reminiscencia árabe pura; ojos negros, pestañas de á media pulgada, nariz griega, labios gruesos y encendidos, ni alta, ni baja, pero perfectamente modelada; breve cintura y ancha y redonda cadera; pies y manos sin defecto y un cabello como las alas del

cuervo, ondulante,.... sedoso..... perfumado.,... Era, como vulgarmente suele decirse, una buena pieza. La amé, me amó, y la mamá, se las arregló de modo, que pensé en presentar el cuello á la coyunda. Aquella morena era capaz de tentar á un santo..... y aquella madre sabía más que diez mil demonios. El peligro era inminente y yo ¡admiraos! como atraído por el vertigo, examinaba sin espantarme, aquella profunda sima..... Estoy seguro de que, sin mis dientes, me variáis ahora marido de la morena y yerno de la mamá.

Esta buena señora, viuda de un capitán de carrera de América, dió en la flor de tener como oráculo á un ex-barbero, aprendiz de naturalista. Yo no era santo de la devoción de este, y este se me atragantaba á mí más que si fuese una esponja seca. Sin motivos para ello, pensé varias veces esperarle á la salida de la casa, llevármelo al contramuelle y arrimarle la paliza x , exigiéndole al propio tiempo, como favor especial, que prescindiese de visitar á mi futura suegra. ¿Por qué esta tenaz idea me acosaba sin cesar? ¿Que me había hecho el aprendiz de naturalista? ¿Que podía justificar este encono?... ¡Ay amigos míos! mi corazón me fué leal siempre, mi antipatía era legítima: el ex-barbero fué mi ángel malo y la verdadera y única causa de mi rompimiento con la morena. Yo lo supe algunos años despues, cuando la cosa no tenía remedio. Mi novia habrá ascendido á la respetable categoría de madre de familias: ella me reveló el secreto, teniendo «por más señas» asido á su seno un robusto vástago de diez y ocho meses, que se la comía viva. Este vástago procedía de mi ex-novia y de un piloto, sobrino del aprendiz de naturalista.

Bien pudiera yo ahora, en uso de mi derecho, estenderme en profundas consideraciones sobre una cosa que no me esplico. Me refiero al pudor de las mugeres, que, por lo visto, es acomodaticio. ¡Tanto recato, tanto miramiento..... tanto cuidado de ocultar en cierto estado determinadas cosas!... ¡Y tan pocos escrúpulos, tan poquíssimos reparos despues, en poner esas mismas cosas á pública esposición,

siempre que á ellas unan un apéndice, masculino, ó femenino, que el sexo importa poco. Pero lo que á vosotros interesa, ó deseo yo que os interese, es la historia de mis dientes y dejo para otra ocasion el ocuparme de este dualismo pudoresco y convencional. Vamos á lo que importa.

El ex-barbero tenía un sobrino y muchas ganas de que este se casase con mi morena, la que á su vez tenía algunos miles de duros y gran parte de un buque cuadro recién construido. Yo era el mayor obstáculo á los proyectos del ex-barbero, por supuesto sin saberlo, ni presumirlo siquiera.

Abordar la cuestion de frente era para él obra de romanos, porque conocía lo corto de mi génio y lo respetable de mis puños. Ganar terreno discutiendo conmigo, lo consideraba imposible, porque yo siempre le mantuve á respetable distancia. Pero, no por eso desistió el tuno de su propósito y apeló á la intriga; á esa intriga que los barberos llaman, *de repelo* y que hace saltar hasta los *cañones*. Y en efecto consiguió *descañonarme*, suplantandóme con su sobrino el piloto. El hecho tuvo lugar de la manera siguiente.

Pretestando dolores reumáticos en las piernas, se hizo acompañar á la casa por su sobrino. Este, que no era mal parecido, se dedicó á catequizar á la madre de mi novia, empresa nada difícil, cuando al novio de la niña se le tiene alguna prevencion. Al descuido con cuidado, hablaron varias veces de intereses, el sobrino tenía algunos y algunos contaba el ex-barbero. Despues vinieron las comparaciones: mi fortuna era problemática, pues vivia á espensas de un pariente solteron, viejo y rico, pero algo tentado de la risa y dominado por una criada antigua.... Mi pariente podía pegarme alguna entruchada y quedarme yo á la luna de Valencia, y la niña con un marido pobre y acostumbrado á la opulencia. Dejo á vuestra consideracion el partido que el aprendiz de naturalista sacaría de esto. Una gota de agua perfora una piedra... y mi futura suegra estaba muy lejos de ser una roca, tratándose de firmeza.

La madre y la hija dormian juntas (grave inconveniente

para los novios) la soledad, el misterio de la noche, su silencio y la falta de asuntos de que ocuparse, dió pié á la primera para encomiar las buenas circunstancias del sobrino del barbero, y como las palabras son como las cerezas, que se enredan unas con otras, y como las madres con sus hijas se creen dispensadas de ciertas cosas, hasta del sentido comun; tira por aquí, afloja por allá, dale que dale y zurra que es tarde, llegaron ambas á convencerse de que era llegado el caso de poner á prueba mi cariño y mis cualidades. La piedra de toque para ambas era mi carácter algo violento y proyectaron apreciar por sí mismas los efectos de contrariar mi voluntad. Proyectóse tambien que la hija escuchase una sábia disertacion del ex-barbero sobre un fenómeno natural y fisico, para que la niña sacase las consecuencias, en vista de la prueba que se intentaba. ¡Y yo, al entre tanto, vivía ageno á tan infernal intriga!...

El ex-barbero, en su disertacion de naturalista, se expresó en estos, ó parecidos términos.

«Dadme un diente y os definiré el animal á quien pertenece, decía un célebre académico. Y tenia razon. Los dientes los hizo Dios con su sabiduría, para que sirvieran con regularidad al ser á quien los destinaba, atendido su instinto. ¿Quieren Vds. saber si un pescado es inofensivo, pues mírenle la boca. Los dientes, como Vds. ven, son unos huesos más ó menos pequeños, más ó menos blancos, más ó menos duros, engastados en las encias del animal, y sirven para cortar los alimentos, para triturarlos, para molerlos y para masticarlos, con la ayuda de la deglucion. Cada diente tiene su uso especial en la boca, y segun este uso és su figura: por eso los *incisivos*, que están colocados en medio de las dos mandíbulas, son anchos en su base y afilados en su extremidad: los *molares*, vulgo muelas, son casi tan anchos en su base como en su cara superior, y el *canino*, vulgo colmillo, presenta la redondez y punta aguda del de los perros. Puede decirse, sin temor de equivocarse, que los cuatro colmillos son el arma más ofensiva de todo animal..... ¿Ha reparado V., señorita, los dos

pares de colmillos que luce su novio?... ¿Nó?... Pues tenga V. la bondad de examinarlos detenidamente, porque valen la pena. Son cuatro colmillos magníficos, lustrosos, lisos y penetrantes que estarían bien hasta en las quijadas del rey de los desiertos.

Tanta importancia se ha dado á los dientes desde el principio del mundo, que, sin más que fijarnos en los modismos de nuestro idioma, vemos que la dentadura entró por mucho, para apreciar el carácter é impresiones del hombre. Prescindiré de ocuparme de la exactitud metafórica con que se llama *diente de lobo* al instrumento duro y liso que sirve de bruñidor y *diente de perro*, al escoplo hendido que usan los escultores. Lo esencial para mí, es probar á Vds. la conveniencia de juzgar al hombre por la dentadura que tenga, y que siempre, desde que el mundo és mundo, se ha seguido este sistema. ¿No decimos con frecuencia «fulano aguza los dientes»? ¿Para qué usamos la frase de «á regaña dientes»? ¿Quien ignora lo que expresan las palabras «*A diente*», «*entre dientes*», «*hincar el diente*», «*enseñar los dientes*» y «*no entrar de dientes á dentro*»? ¿Hay quien no sepa lo que quiere decir «*alargar los dientes*», «*dar diente con diente*», «*no tener para un diente*» y «*tener buen diente*»? Estos modismos por sí solos ¿no bastan á detallar nuestros actos, nuestro carácter y nuestras impresiones? ¡Cuánta filosofía en tan pocas palabras!... Pero vamos á lo esencial.

V. confesará, señorita, que lo más notable, lo que más destaca en su novio, al primer golpe de vista, son sus dientes; esto demuestra que es la parte más perfecta de su organismo, y cuando Dios le dotó de tan magnífico molino, Dios sabrá porque lo hizo. Distinguimos al gimnasta por el desarrollo de su musculatura y al hombre de ciencia por su demacracion y abultamiento de los órganos capitales. ¿Para qué tendría su novio tan buenos dientes, si no fuera gastrónomo y sensual por excelencia? No hay que hacerse ilusiones, señorita, ese jóven no ha nacido mas que para los placeres materiales: ese jóven no es capaz del sacrificio más leve por la que ama; ese jóven solo vive para sí;

para obsequiarse siempre y á costa ajena, si necesario fuese: ese jóven tiene sentidos, es verdad, pero carece de alma. Sus dientes no mienten, señorita, y si la voz de la ciencia necesita confirmacion, ponga á prueba cuando guste las cualidades de su amante. Mi diagnóstico es fatal, desconfíe V. de persona con tan perfecta dentadura.»

Os hago gracia de los dimes y diretes, de las protestas, de las afirmaciones, de las negativas, de las lágrimas, de los propósitos.... porque la chica estaba enamorada de veras, y no quería tocar un desengaño, pero necesario me és citar un hecho, si bien insignificante, en la apariencia, que decidió mi porvenir. Cuando más engrescada estaba la cosa, se presentó el sobrino del ex-barbero y nada hubiera importado esto, á presentarse solo, pero vino acompañado de un pantalon color de perla, admirable; un pantalon modelo... y la morena reparó entonces que las piernas que cubrian aquel pantalon era bien configuradas; vió tambien que á aquellas piernas las estremaban unos piés pequeños y finos, y «nada más natural» quiso contemplar la cara de su dueño, que el tio había rasurado con la minuciosidad y detalles de un *artista* inteligente. Apuntado bigote y patillas rectas intachables. El picaro del sobrino estaba guapo de veras, y mi novia «sin esplicarse el porqué» se decidió, por fin, á poner á prueba mi carácter.

Pero no creais que voy á relataros lo más importante del drama, sin respirar y al tiron; nada de eso; quiero convencerme antes de que el cuanto os interesa, y para ello nada mejor que aplazar el desenlace para la próxima noche.

E. INFANTE.

CONSEJOS DE UNA MADRE.

LOS DOS ENTIERROS.

I.

ENTIERRO DEL POBRE.

A quien llevan á enterrar?
—A un buen anciano, hija mia,
Como en el mundo vivia
Ha muerto pobre.—¡Infeliz!
—Su triste y mísero entierro
Llena el pecho de amargura.
Mira; sólo viste el Cura
Estola y sobrepelliz.
—Pobre anciano!... ¿Y en el mundo
Siempre tan solo ha vivido?
—Era un hombre desvalido
Sin alcurnia ni oropel.
Pero era bueno, hija mia,
El pobre anciano... muy bueno.
Dios le reciba en el seno;
Roguemos á Dios por él.
—Y porqué, madre del alma,
Vivió tan desamparado?
Porqué el mundo le ha dejado
Siendo tan bueno?—Porqué?
Porque el mundo sólo atiende
Al rico y al nombre augusto;
Siempre el mundo ha sido injusto,
Y hoy, es hija, lo que fué.

Más no creas, hija mia,
Que siempre fué desgraciado
Vivió siempre resignado
Con tranquilo corazon.
Y en medio de su retiro
Nunca le faltó la calma...
Tenía tranquila el alma
Porque era un santo varon.

Si hubieras visto, bien mio,
Su aspecto siempre apacible,
Y su ademan siempre humilde
Y aquella risueña faz,
Seguro que hubieras dicho
Del anciano en la presencia,
Tranquila está su conciencia,
Reyna en su pecho la paz.

Y era así, prenda del alma.
Resignado con su suerte,
Tranquila ha sido su muerte,
Como lo fué su vivir.
Y no dudes, prenda amada,
Que, en su estado miserable,
Fué su ventura envidiable
Desde el nacer al morir.

Yo le he visto, hija querida,
Tendido en su pobre lecho,
Latir tranquilo su pecho
Y tranquilo el corazon.
Yo le he visto ensimismado
Y en un éxtasis profundo
Tranquilo y meditabundo
Entregarse á la oracion.

¿Pero sabes, hija mia,
Porqué vivió conformado,
Con su suerte resignado?
Es porque siempre creyó
Y no sabes porqué nunca
Perdió del pecho la calma

Ni se perturbó su alma?
Es porque siempre esperó!

Cree, hija mia, y espera
En el Dios que es uno y trino,
Que es el único camino
De la eterna salvacion.

Cree, hija mia, y espera,
Que con la fé y la esperanza
Reinará la bienandanza
En tu tierno corazon.

—¿Y creyendo y esperando,
Madre del alma querida,
Rodará feliz mi vida
Desde el nacer al morir?

—Sí, mi bien; cree tú en Dios
Con una fé verdadera,
Cree en Dios y en Dios espera
Que dichosa has de vivir.

No es verdad que siempre esperas
En tus padres muy amados,
Y que así huyen los cuidados
De tu amante corazon?
Que cuando esperas la dicha
En tu pecho siempre abunda,
Que cuando crees lo inunda
Plácida resignacion?

Pues Dios, hija de mi alma,
Es la ventura inefable,
Y la dicha perdurable.
Sigue, hija mia, en su pos,
Y si quieres que en el mundo
Todo te alhague y te ria,
Sólo hay un medio, hija mia,
La fé y esperanza en Dios.

Mira el anciano... En el mundo
Siempre feliz ha vivido,
Y era un pobre desvalido
Sin alcurnia ni oropel.

Pero bueno, hija mia,
El pobre anciano... ¡Muy bueno!
Dios le reciba en su seno.
Roguemos á Dios por él.

II.

ENTIERRO DEL RICO.

¿Por quien doblan las campanas
Con tan lúgubre armonía,
Como hoy al nacer del dia
Y en la oracion de el de ayer?
Que es eso, madre del alma?
Que es ese fúnebre canto,
Ese gemir y ese llanto
Que así me hace estremecer?

Yo no habia visto nunca,
Madre del alma querida,
Tanta gente esclarecida,
Tantos pobres á la par.
Ni lucir tantos blandones,
Ni tal profusion de luces,
Ni tantos curas, ni cruces
Tanto gemir y cantar.

Yo siento, madre del alma,
Como jamás he sentido;
Tengo el pecho comprimido,
Se me salta el corazon.

Yo no acierto á comprender
Esas campanas á vuelo,
Ese canto y ese duelo
Y esa santa confusion.

—Es que ese muerto, hija mia,
Que en el féretro se encierra,
Fué un potentado en la tierra,
De acendrada caridad.

Por eso los pobres lloran,
Por eso su amargo duelo,
Y es que no encuentran consuelo
En su reciente horfandad
—¡Desgraciados!—Sí, mi bien;
Desgraciados!... es muy cierto;
Y al sentir por ese muerto
Es muy justo su dolor.
El fué siempre su consuelo,
Siempre fué su providencia
Y en su perene indigencia,
Siempre fué su protector.

Ellos le llamaban padre,
Y él los llamaban hijos míos,
Y hasta en sus mismos desvíos
Fué su ángel tutelar.
Él con ellos platicaba,
Él á todos atendía;
Y ve porque es, hija mía,
Tanto gemir y llorar.

—Feliz el muerto! ¡Es tan bello
Amparar al desvalido!...

—No lo eches nunca el olvido,
Hija mía, por piedad.

Y ten presente que Dios
Nada mira mas propicio,
Que el fervoso ejercicio
De la santa caridad.

—Esa máxima sublime
Me entusiasma y arrebató,
Y mi pecho se dilata
A su sola enunciación.

La caridad, madre mía,
Yo la comprendo y la acato,
Y por ella me arrebato,
Madre de mi corazón.

También lloro con los pobres
Y enjugo su triste llanto,

Y en ello disfruto tanto
Que no lo puedo explicar.
Y solo siento en el alma,
Y esto acabara mis penas,
No tener á manos llenas
Cuanto yo quisiera dar.

Yo quisiera vivir, madre,
Entre pobres desgraciados,
Y mitigar sus cuidados
Y consolarlos tambien.
Y ser la madre de todos
Y matar sus aliciones,
Sin otras aspiraciones
Que hacer el bien por el bien.

Feliz el muerto, felice!
Yo madre mia lo adoro
Y le admiro, y por el lloro...
Pero... Tambien llorais vos.
Si yo fuera prderosa
A ese muerto imitaria.
—Venga un abrazo, hija mia,
Y que te bendiga Dios!!

MISCELÁNEA.

ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

PROGRAMA DE PREMIOS PARA EL CERTÁMEN LITERARIO Y MUSICAL QUE TENDRÁ LUGAR EN LA CIUDAD DE LÉRIDA EL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1876.

La Academia Bibliográfico-Mariana, en solemnizacion del décimo cuarto aniversario de su establecimiento, y con el doble objeto de fomentar el cultivo de la literatura religiosa y del divino Arte de la Música á la mayor gloria de la Virgen Santísima, celebrará el dia 15 del próximo Octubre, como lo ha verificado en los trece años anteriores, un Certámen público, en el cual á presencia de todos los Señores Sócios y demás personas distinguidas que sean invitadas y honren el acto con su concurso, se conferirán los siguientes premios:

Un LIMON *de plata y oro*, una MANZANA *de plata y oro*, y una PERA *de plata*, á los respectivos autores del mejor *Poema*, la mejor *Leyenda*, y la mejor *Oda*, en verso castellano, sobre NUESTRA SRA. DE LA VICTORIA, *de Málaga*.

Una PLUMA *de plata*, al que en correcta prosa castellana, y hermanando la posible concision con el más oportuno acopio de datos y observaciones, presente el mejor *trabajo histórico y descriptivo* sobre el Santuario en que la espresada Virgen se venera.

Un LIRIO *de plata*, generoso regalo del ILMO. SR. OBISPO DE ESTA DIÓCESIS, al autor de la composicion poética *castellana ó catalana*, en que bajo las correspondientes buenas formas literarias, resalten más *la ternura de afectos y el amor á MARÍA*.

Una AZUCENA *de plata*, dádiva constante de la JUVENTUD CATÓLICA DE ESTA CIUDAD, al de la mejor poesía *catalana* dedicada á la Virgen, como Patrona de la misma Asociacion en España, en el misterio de su Inmaculada Concepcion.

Una MEDALLA *de plata*, ofrecimiento de esta Junta Directiva, al del mejor *Romance catalan* sobre cualquiera de de las invocaciones de la Letanía lauretana.

A cada premio de los hasta aquí espresados se añadirá la entrega de diez volúmenes de una lujosa edicion de este Certámen; é igual número de ejemplares recibirán, en el concepto de *accésit*, los autores de los restantes trabajos que la Comision de exámen juzgue con mérito suficiente para ello.

Serán adjudicados en el mismo Concurso, como premios de composicion musical:

Una ROSA *de plata y oro*, al autor del mejor trabajo sobre el canto de la Virgen MAGNIFICAT, bajo las condiciones siguientes: 1.^a Estar escrita la composicion para voces de tiple á coro, pudiendo haber algun solo ó dúo, con acompañamiento de cuarteto de instrumentos de cuerda y armonium: 2.^a Ser de un estilo elevado, y que exprese con la más pura uncion los conceptos del texto: 3.^a Reunir una armonía la más correcta; sin que la composicion en su conjunto ofrezca grandes dificultades de ejecucion.

Una MEDALLA *de plata con filete de oro*, al autor de la mejor música sobre letrilla de libre eleccion, que sea á propósito para cantarse en las funciones del mes de María, debiendo reunir las siguientes circunstancias: 1.^a Estar escrita á dos ó tres partes de voces de tiple con acompañamiento de armonium: 2.^a Ser de un estilo fácil, sencillo y popular, sin carecer de gusto y distincion, ni apartarse del género religioso que le debe ser propio.

Las obras que obtengan estos dos premios, serán ejecutadas en el solemne acto del Certámen; pudiendo sus autores tomar á su cargo la direccion de las mismas, prévia manifestacion que de su pertenencia é identidad hagan á esta Junta, despues de sabidos ya los fallos por la antici-

pada publicacion de los lemas, conforme se dirá más adelante.

Se concederán asimismo *medallas de plata*, á los autores de las obras que más se acerquen en buenas cualidades á las dos antedichas. Unas y otras deberán en todos los casos presentar el debido mérito, absoluto y relativo, á juicio del escogido Jurado de Señores Profesores, á cuya maestría é ilustracion confiará la Junta Directiva de la Academia, en plena garantía de los concurrentes, el examen y censura de las composiciones, sometiéndose gustosa al fallo que les dicte su superior criterio.

Los trabajos destinados á este Concurso (que deberán ser originales é inéditos, sin haberse hecho oír anteriormente en público los musicales) se dirigirán al infrascrito Secretario de la Academia—calle mayor, número 23, piso principal—antes de las cinco de la tarde del día 8 de Setiembre. No han de llevar firma ni rúbrica de sus autores, ni estar copiados de su mano, ni venir de otra manera alguna que los pueda descubrir. El nombre de los mismos y las señas de su domicilio irán dentro de un pliego cerrado, en cuyo sobre conste un lema de corta extension, que llevará escrito á su vez la composicion respectiva. Expirado que sea el plazo de admision, se dará inmediata cuenta de todas las recibidas, por medio de la prensa periódica y de los Anales que la Academia publica y reparte entre sus individuos, como se hará en su día de las que merezcan ser laureadas, mediante el anuncio de sus lemas, con la posible anticipacion. Los pliegos correspondientes á estas últimas serán abiertos en la pública solemnidad, á lo cual seguirá la proclamacion del nombre de cada autor: pudiendo los poetas que estén presentes hacer lectura de sus producciones en aquel acto. En su ausencia, serán leidas por el infrascrito Secretario, ó personas que ellos mismos deleguen. Todas las composiciones, incluidas las partituras no premiadas, se archivarán para los fines que con el tiempo puedan convenir; y las carpetas en que se contengan los nombres de quienes las hayan remitido, y que al igual de los demás pliegos habrán estado de manifiesto con quince

días de antelación en Secretaría, para satisfacción de cuantos gusten cerciorarse, se quemarán intactas al terminar la ceremonia.

Sin embargo de lo penúltimamente prevenido, la Academia solo se reserva el derecho de utilizar para sus funciones, y publicar por su cuenta los trabajos á que pueda concederse premio ó accésit; y áun esto sin que suponga el de propiedad, que conservarán en favor suyo los autores.

Quiera el Divino Espiritu iluminar á todos, dando á los competidores privilegiada inspiracion, y rectitud y acierto á los censores para galardonar á los más dignos.

Lérida 15 de Abril de 1876.—El Director de la Academia, José María Escolá.—El Vocal Secretario, Luis Roca.

* *
*

BIBLIOGRAFÍA.—Hemos recibido la primera entrega de la *Biblioteca del Constructor*, que publica en Valladolid el acreditado profesor, maestro de obras, D. Marcial de la Cámara, y que recomendamos á cuantos se dedican al estudio de las Bellas Artes, especialmente á la Arquitectura.

Falta hacia en España una publicacion de este género, cuyo objeto es difundir y propagar el conocimiento y estudio de las obras maestras clásicas que el arte posee, alternando con otras modernas, originales ó traducidas; y más falta hace en nuestra isla, en donde los jóvenes constructores tienen que instruirse por sí solos, puesto que no existe organizada cual se requiere, la enseñanza de la Arquitectura, ni en su parte científica, ni en su parte artística, ni mucho ménos en su parte legal.

El mencionado autor, cuya laboriosidad se manifiesta en su tratado *teórico-práctico sobre Arquitectura y Agrimensura legal*, en su *Cartilla métrico agraria*, en su *Agenda del Constructor*, y en otras publicaciones á cual más interesante, ha dividido la *Biblioteca del Constructor* en cuatro series. La 1.^a contiene los diez libros de Arquitectura de M. Vitruvio Polion, seguidos de importantes comentarios, obra clásica que no debe desconocer ningun artista. La 2.^a, un manual bibliográfico de obras raras y

curiosas, antiguas y modernas, españolas y extranjeras, concernientes á los ramos que la Biblioteca abraza; la cual escederá de 10.000 números. La 3.^a, una *Coleccion legislativa*, escrupulosamente redactada, que comprenderá las leyes, decretos, órdenes y reglamentos, dictámenes y sentencias referentes al ejercicio de las profesiones á que se consagra dicha Biblioteca. Y la 4.^a, un *Suplemento*, que abrazará, entre otras reuniones, la *Doctrina*, cuyo objeto es presentar á la vista de los lectores, por medio de láminas y dictámenes de su referencia, la resolucion de casos dudosos, en materia de servidumbres, y la de problemas de estática aplicables á las construcciones que con más frecuencia se ejecutan.

Un atlas de 100 láminas grabadas acompañará el texto de la 1.^a serie, en el cual el artista como el arqueólogo podrán estudiar con fruto cuanto ha producido el Arte antiguo en sus períodos de más esplendor.

Finalmente, para dar idea del carácter de esta publicacion, diremos que en su parte material puede competir con las de su género que han visto la luz pública en el extranjero. Las condiciones para la suscripcion podrán verse en las cubiertas de nuestro periódico.

Felicitemos al Sr. Cámara por el acierto y oportunidad con que ha emprendido la publicacion de su *Biblioteca*, y le deseamos el éxito á que en justicia se hace acreedor.

B. F.

* * *

Hemos recibido los dos primeros números de la *Gaceta rural*, revista de los campos que ha empezado á publicar, en Madrid, una sociedad de labradores. Aun cuando no figuran los nombres de sus redactores, á juzgar por las materias de que trata, promete ser una revista interesante y provechosa. Saludamos al nuevo colega deseándole eficaz y constante suscripcion. Véase el anuncio en el lugar correspondiente.